

862
P/B

PA 6629

.A7

A79

v.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

—
ES PROPIEDAD
—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

—
Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



MI SEMANA SANTA

(ALCALÁ-GUADALAJARA-SIGÜENZA.)

—

EN la corte de las Españas siempre tendremos que echar de menos dos cosas: mar ó río—¡mucho agua junta!—donde recrear los ojos, refrigerando la sangre con brisas de deleitosa humedad, y un templo grande, una catedral, adonde retirarse en días y horas en que el espíritu pide recogimiento y contemplación de algo muy estable, muy augusto, muy estético á la vez. De esta necesidad, más aún que de los preceptos de la higiene y las imposiciones de la moda, se originan las salidas veraniegas á respirar los aires del Cantábrico, y la costumbre, que va arraigándose timidamente, de pasar fuera de Madrid los días de la Semana Santa.

Sevilla se lleva lo granado, la gente rica y más amiga de solazarse en las tiendas de la feria que de meditar en la Pasión. Después de Sevilla, Toledo con sus magnificencias monumentales y sus horrores posaderiles, descritos por Galdós en *Angel Guerra*.... Á Toledo ya no se va únicamente por divertirse (en el sentido burdo de la palabra); se va por instinto artístico, por refinamiento religioso, y unas miajillas por costumbre. Lo que no se le ocurre á nadie, ó por lo menos se les ocurre únicamente á media docena de curiosos por año, es lo que hice yo en los días santos del de 91: internarse en la Alcarria, y visitar dos joyas del arte español: el palacio del Infantado y la catedral-fortaleza de Sigüenza. Pues yo les fío, á los que quieran seguir este mismo itinerario, que mejor alojados y mantenidos que en Toledo estarán en Alcalá, Sigüenza y Guadalajara: en primer lugar, porque peor que Toledo no cabe en los términos de lo posible; y en segundo, porque no relativamente, sino en

absoluto, las fondas que he recorrido son muy aceptables y sirven comida sana y excelente. No traigo de ellas la terrible impresión, que jamás se me borrará, de cuatro días toledanos, pasados con anguilas de río y anguilas de mazapán, sin otro alimento que ayudase á conllevar tan extraña penitencia.

Salimos de Madrid para Alcalá por la tarde, con un día alegre y delicioso, templado, limpio, de esos días castellanos en que el sol viste de gala y derrama sobre el árido y desnudo terruño los rojos tonos de la *mavemma* sienesa. Las praderías del Henares, no visitadas por la primavera todavía, aún no estrenaran su túnica de verdor, y el río espejeaba, sin una mala sombra de ramaje que diese á sus aguas el encanto del velo, del misterio y de la frescura. Por eso no me pareció tan lindo como otras veces, cuando pacen sus orillas herbosas los toros libres, pacíficos en su soledad cuanto furiosos después en el anfiteatro. He ido muchas veces á Alcalá á fines de Abril y en todo el mes de

Mayo, época en que celebra la vieja Compluto su famosa procesión de las *Santas formas*, y en esa estación del año es amenísimo el corto trayecto.

Poco más de las cuatro serían cuando llegamos á la estación de Alcalá, que dista de la ciudad cosa de medio kilómetro, si no me engañan las piernas, pues no hay ómnibus ni coche que lleve á los viajeros. Un chiquillo encanijado cargó con nuestros maletines y nos guió á la fonda de Hidalgo, la mejorcita del pueblo, según nuestro guía. «¿Nos enseñarás después el Archivo?» le pregunté. «Yo no sé el Archivo», contestó atónita la criatura, en vista de lo cual resolvimos buscar el Archivo nosotras—la empresa no era difícil, y la hubiésemos realizado á no aparecerse por allí un hermano mayor de nuestro portamaletas, más enterado que él y dispuesto á servirnos de *cicerone*.—Sólo podía ahorrarnos alguna pérdida de tiempo, si nos equivocábamos en las callejas nada revueltas de Alcalá; por lo demás, el Archivo es para mí sitio familiar: bastantes

veces me he detenido en su afligranado patio, al pie de su grandiosa escalinata y recreado la vista en los prolijos y delicados modillones de la puertecilla que precede al arranque de la balaustrada.—Por cierto que en los tres años que llevo de visitar con alguna asiduidad este rico monumento donde viven tantos recuerdos y tantas glorias, nunca veo que adelanten las obras de restauración, en buen hora impulsadas, después de la visita del rey Alfonso XII, por el conde de Toreno. La muerte de este prócer debió de contribuir á paralizarlas, y no hay esperanzas de que las active el actual ministro de Fomento, que, según propia confesión, está dispuesto á dejar arruinarse ¡el claustro de San Juan de los Reyes, nuevamente restaurado! fundándose en que «las naciones pobres, como las personas de mala posición social, no deben poseer joyas ni galas». Aguarda con paciencia el magnífico salón de Concilios su pavimento, friso de azulejería y tapices colgados, que completen el esplendor de un recinto que por

sus dimensiones y por la riqueza de sus árabes ventanas de ataurique, portadas y techo, es único en España,—según repite, entre envanecido y melancólico, el conserje.

Dedicado á Archivo general, el palacio del gran arzobispo Tenorio fué restaurado y atendido en gran parte (y lo poco que falta hace más sensible el abandono, apatía y penuria que tienen interrumpidos los trabajos). Hállanse los legajos del Archivo clasificados con esmero en limpios estantes; los techos de casetón y ensamblaje de ricas maderas al estilo renaciente ó de morisco alfarje, están como nuevos; los preciosos ventanales, rehechos conforme al modelo antiguo, no dejan que desear; y únicamente los modernos vidrios de colores y la viveza de los oros y pinturas lastiman algo la pupila. El tiempo los amortiguará, y entonces todo el edificio adquirirá la armonía que hoy le falta.

Lo que nos sobró de día después del Archivo, lo empleamos en echar una ojeada

al patio de la antigua Universidad de Cisneros...., la Universidad donde lucieron su birrete las doctoras. Aunque ocupado el edificio por un colegio de Escolapios, bien pueden su melancólico aspecto, su silencio, y decadencia, autorizarnos á repetir las palabras de un entusiasta de los monumentos españoles, allá por los años de 1848: « Todo ha muerto en el interior del edificio, condenado ya á perpetuas vacaciones.... Las aulas silenciosas y vacías, cubiertos de hierba los patios, el claustro principal destituido de la única animación y belleza que podían comunicarle alegres bandadas de estudiantes inundando á horas fijas sus tres órdenes de galerías, ó rodeando el barroco templete de la fuente que en medio brota....» Hoy no existe la fuente: de ella supongo que se hicieron los dos graciosos pozales con cisnes y conchas, que pueden verse en cada patio. ¡Pero qué triste, qué solitaria, qué pasada la creación de Cisneros! En el Paraninfo se me abatió el alma, leyendo por las paredes, sobre humildes tarjetones de

cartón, nombres que debieran grabarse en bronce, entre ellos el de una doctora de Alcalá. El año 9 de este siglo aún contaba la Universidad de Alcalá quinientos alumnos....

Ya iba obscureciendo cuando entramos en la Magistral, donde algunos canónigos principiaban á entonar el rezo de maitines, y otros salían precipitadamente de la sacristía hacia el coro, para incorporarse á sus compañeros. Un sacristán, de fisonomía á la vez ladina y franca, de ojos claros y llenos de fe, legítimo paleta castellano, se encargó de abrir la cripta ó capilla baja, donde reposan las cenizas de los santos niños Justo y Pastor, los tiernos mártires cantados por Prudencio y patronos de Alcalá, degollados bajo Daciano. La cripta es sombría, pero apenas el sacristán enciende un cirio, vemos el camarín, su bóveda de ahumados espejuelos, y la urna de plata que contiene los cuerpos de las dos criaturas, arrancados á la devoción de los oscenses, que no querían ni á tres tirones restituirlos.

Indicando yo al sacristán cuánto me gustaría ver las reliquias de los niños, el buen hombre me las describe de un modo algo fantástico. Según él, aún se les conocen á aquellos santos confesores de la fe «las piernas, calzadas con su zapatito y su media blanca y su pantaloncito bordado». Renuncio á comprender estos detalles de indumentaria en unas criaturas martirizadas en el siglo III, y oigo con singular fruición imaginativa la pintura del cuerpo incorrupto del humilde lego franciscano San Diego de Alcalá, aquél á quien los ángeles, con sus propias manos, ayudaban en las faenas de la cocina. El cuerpo—según mi sacristán—hállase en apariencia de vida, flexible, natural; su carne cede á la presión de los dedos. «Nadie de este mundo lo ve», añade, paseando su cirio por la piedra teñida con la sangre de los mártires y que conserva la señal de sus rodillas, mientras á mí se me hace agua la boca, de ganas de admirar el cuerpo milagroso.

Dormimos en Alcalá, y á las ocho de

la mañana, favorecidas por el mismo tiempo apacible y despejado, tomamos el tren que nos lleva á Guadalajara. Apenas nos apeamos en el desmantelado patio de la fonda del Norte, se me ocurre que, disponiendo de un día entero y verdadero, debiéramos alquilar un carruaje é internarnos en la Alcarria, donde nos convidan tentadoras excursiones — Pastrana, Hita, Cogolludo.—La ocurrencia prueba mi ignorancia topográfica: el más cercano de estos pueblecillos dista seis leguas de Guadalajara, y la jornada nos obligaría á hacer noche en él.—Convencidas ya de que en Guadalajara teníamos que entretener todo el día de Jueves Santo, empezamos por asistir á los oficios en la iglesia de Santa María *de la fuente*. Concluida la ceremonia, nos deparó la fortuna encontrar en el gobernador de Guadalajara—ya destinado á Logroño, pero no trasladado aún—á un amigo de las juventudes de mi padre, el título mejor á mi amistad.... El Sr. Camacho recordaba haberme visto jugar y correr en mi casa

de la Coruña, siendo yo tan niña, que ni memoria conservo de esa época; recordaba también con veneración y ternura, á la ilustre condesa de Mina, amiga de mi padre igualmente; y su alegría al verme en Guadalajara, y la cordial y obsequiosa hospitalidad que desde aquel punto ejerció con las tres viajeras, me probaron que le había sido gratisimo evocar aquellos recuerdos.

Con tan buen introductor, se nos abrieron de par en par las puertas de las tres curiosidades mayores que encierra Guadalajara: el palacio del Infantado,—hoy Asilo de Huérfanos de la guerra,—el panteón de los Osunas, y la capilla de los Urbinas. Ante todo, el palacio.

Testimonio de la fenecida grandeza de una casa semi-regia, que en determinadas circunstancias puso la ceniza en la frente al trono, álzase el palacio del Infantado en el punto más visible de Guadalajara. Impresión extraña causa su fachada mayor, de piedra que el tiempo tiñó con acaramelados tonos: la originalidad

del recargado estilo tiene algo de decoración pomposa destinada á servir de fondo á alguna comedia del siglo xvii, algo de estrofa de poema caballeresco italiano, y nada de la severidad española ni del misticismo gótico. Increíble parece que el mismo arquitecto del claustro de San Juan de los Reyes sea el del palacio de los Mendozas: él fué, sin embargo quien recamó, á estilo de manto bárbaramente fastuoso, este edificio, testimonio del orgullo de una dinastía de magnates, que pudo ver en sueños la corona. Como tachones de pedrería, constelan la fachada gruesos clavos; las dos columnas que la sostienen están labradas lo mismo que una joya; la ojiva de la puerta luce, á modo de collar, primorosa inscripción; el testero, que remata en lindo arco rebajado, tiene la complicada labor de un relicario. Los grifos que sostienen las enjutas, el águila del yelmo, los velludos salvajes que, apoyados en gigantescas porras, sostienen los blasones, dan á la fachada un carácter que recuerda poe-

sías del Ariosto ó de Góngora. Falta allí seriedad castellana, y hay en cambio un derroche de fantasía propiamente italiano ó portugués.

Confirмо esta idea al entrar en el patio, que tanto recuerda el claustro de los Jerónimos de Belén y el ornato excesivo y caprichoso de la arquitectura *manuelina*. Verdad que las columnas del primer cuerpo son de extremada sencillez; en desquite, las de la galería superior ofrecen el acanalado y la hojarasca del estilo plateresco más rico, y se coronan y guarnecen con dobles randas de piedra, caladas, ajedrezadas, encintadas, realizadas por alimañas quiméricas é imposibles, y tan finas, que los oficiales encargados del Asilo de Huérfanos las hacen limpiar con plumero, lo mismo que se limpia algún primoroso juguete de sobremesa.

Ni la fachada ni el patio son, sin embargo, las mejores preseas del palacio del Infantado. Destruídos los incomparables del alcázar de Segovia, juzgo sin par sus techos, sobre todo el del salón de Linajes,

curiosa muestra de la escultura civil española. Nuestro arte escultórico, absorbido por la imaginería religiosa, no acostumbraba reproducir la vida social de los siglos XIV y XV. En el salón de Linajes, el techo propiamente dicho es un encrepado piélagos de talla de oro, un dorado mar que se helase de repente sin perder la caprichosa oscilación de su revuelto oleaje: el suave tono mate é intenso que adquiere el dorado al pasar los años, hace más opulenta y hermosa tan rica bóveda, y la realza, alejándola, la sorprendente cornisa ó galería, cuyo adorno forman, no sólo los blasones de la estirpe de Mendoza, sostenidos por altaneros grifos, águilas y leones, sino—detalle más curioso, y cuya riqueza es indecible—góticos doseletes que cobijan á parejas de damas y caballeros, representación, según dicen, de los ascendientes de la casa; bultos de medio cuerpo, y—si no me engaña la distancia—de tamaño natural, pintados, dorados, estofados, vestidos con trajes de la Edad Media, sonriendo la dama al ca-

ballero con delicada cortesía. Un sarao de nobles castellanas y guerreros, un sarao eterno, elegante, heráldico. ¿Qué sería este salón, cuando revistiesen sus paredes ricos tapices y celebrasen en él fiestas ó aparatosas ceremonias sus opulentos señores?

Hoy es capilla del Asilo. Así como los cadetes de Segovia disfrutaron del regio alcázar con sus techumbres de oro y zafiro, que no les importaban un bledo, porque el muchacho, como el salvaje, es casi siempre indiferente á las impresiones artísticas, los chicos del Asilo de Guadalajara usufructúan aquellas bóvedas de hadas, que regularmente les tendrán sin cuidado. Debo, no obstante, hacer una advertencia: el Asilo de Huérfanos, fundación nacional impulsada y llevada á feliz término por la generosa y firme iniciativa del digno marqués de Novaliches, no ha venido á profanar un admirable monumento, sino á ofrecerle las únicas garantías de conservación que tenía, al deshacerse de él, dejándole en

muy deplorable estado, su dueño el duque de Osuna. Si allí se establece, v. gr., un casino ó una fábrica, las balconadas de encaje, los techos de estalactitas de oro habrían de sentirlo. Los inteligentes y celosos oficiales que hoy están al frente del Asilo han comprendido que tienen dos deberes, el uno explícitamente aceptado, el otro tácito y moral, pero no menos estricto: cuidar é instruir á los huerfanitos, haciéndoles todo el bien posible en alma y cuerpo, y velar con igual cariño por el palacio de los Mendozas. Ambos deberes cumplen religiosamente, reparando los desperfectos del palacio hasta donde lo permite su limitado presupuesto.

Del palacio subimos al castillo, no sin detenernos antes en la capilla de los Urbinas, jugueteo ó monería arquitectónica, desgraciadamente convertida en depósito de carros, y no sé si en cuadra. Las telarañas trepan á su gusto por los delicados adornos de estuco, y tienden su cortina polvorienta por encima de los frescos, y á la parte exterior, uno de los to-

reoncillos que componen su original arquitectura mudéjar yace derruido. Por el suelo, entre paja, lodo é inmundicias, puede verse todavía el blasón de los Urbinas, el roble, esculpido sobre una lápida sepulcral. Para mayor dolor, la capilla de los Urbinas está en venta, y si la compra alguna persona ajena al arte y la derriba y levanta allí una casa de cinco pisos, al seductor estilo urbano del siglo XIX, nos lucimos como hay Dios. Bien podrían el Municipio ó la Diputación provincial de Guadalajara adquirir ese *biblot*, ese objeto de cristalera, que no costará muy caro, ni requiere gran desembolso para restaurarlo convenientemente y devolverlo al culto, trazando alrededor un jardincillo.

El castillo, ó, mejor dicho, el antiguo convento de franciscanos, antes del Temple, domina, al extremo oriental de Guadalajara, la ciudad. Ocupan su recinto y su grandiosa iglesia ojival los ingenieros militares, que han adornado la nave profanada y vacía con arcos de armamento y

fornituras, decoración severa, casi artística, y á poco que la imaginación se exalte, grave y religiosa. De allí bajamos al panteón de los Mendozas, nuevo y formidable testimonio del poderío de una casa que se atrevió á envidiar el último descanso de los reyes, y á competencia con el panteón del Escorial, y en opinión de muchos, eclipsándolo, se labró tan ostentoso enterramiento. Parécese mucho al del Escorial, sólo que dominan en él los mármoles rojos. Hoy no duerme ningún Mendoza en las regias urnas de pórfido. El panteón fué profanado por los franceses, y los restos de tanto noble personaje, mezclados y confundidos, se trasladaron á la villa de Pastrana. Hay un contraste penoso entre la magnificencia de tan ricos mármoles y el abandono y desolación que el panteón respira, con su altar sin imágenes ni luces, con el frío glacial de su soledad de piedra. En el helado fondo de aquella tumba, recordábamos la decadencia de la casa de Osuna, en tiempo de Fernando VII representada

todavía por el magnate que, al ofrecer al monarca un almuerzo en la célebre *Alameda*, se dejaba atrás las ponderadas prodigalidades de los asentistas franceses con Luis XIV y Luis XV, ofreciendo al rey, á guisa de combustible para freír un par de huevos en sartén de plata, un fajo enorme de billetes que representaba todo el caudal del anfitrión. Hoy el palacio de los Mendozas ha sido enajenado; sus escudos de armas, cantados en el *Carlo famoso*, blasonan á un colegio, y el devastado panteón es una ironía más en tan alta ruina....

Los viajes por España son, en su mayor parte, visitas á los muertos. Ellos se llevan lo mejor de nuestras impresiones: nuestra historia está escrita en los sepulcros. El panteón de Osuna sugiere más ideas amargas sobre la desdicha de nuestra aristocracia, que puede sugerir la famosísima novela del Padre Coloma; y la verdadera curiosidad que me dejó atrás en Guadalajara, es el sarcófago donde yace depositado el cuerpo incorrupto de

doña María Coronel, viuda de D. Juan de la Cerda, la que se desfiguró el rostro con un tizón ardiendo por no romper la fe conyugal. En premio á su castidad— dice la leyenda— se encuentra hoy como el día de su muerte, y despidiendo dulce fragancia. Poesía que comunica á la materia las cualidades del espíritu, y convierte en bellezas y aromas las virtudes.—Pasé un rato en la iglesia del convento de las Claras. Detrás del morado paño que cubría la reja, se entreoía el rezo gangoso y dulce de las monjas desde el coro donde reposa doña María Coronel. Ardiente curiosidad me impelía á levantar una puntita del paño, y, mejor, si pudiese ser, de aquel misterio.... Será como el cuerpo de San Diego de Alcalá: no lo verá absolutamente nadie....

Hacia luna durante nuestro viaje de Guadalajara á Sigüenza, y el país, conforme nos acercábamos á tierras de Aragón, aparecía abrupto y montañoso. Las malas noticias que teníamos de las posadas segontinas hicieron que el goberna-

dor de Guadalajara previniese al alcalde de Sigüenza que nos buscase alojamiento; y el alcalde, persona muy cortés, nos esperaba en la estación, y nos dejó instaladas en la fonda que se eleva á espaldas de la estación misma, y que contra todos mis informes es cómoda y limpia hasta un punto sorprendente, si se considera que en poblaciones de mayor importancia no es fácil encontrar tan buen acomodo. Dormimos en mullidas camas, y nos despertamos con el afán del que llega á un pueblo desconocido, y no ve la hora de echarle el primer vistazo.

Una catedral suele ser el alma de un pueblo; y si ese pueblo es Sigüenza, la vieja ciudad episcopal, aún puede decirse con más razón. Los anales de Sigüenza son los de sus obispos y señores, muchos tan renombrados como el cardenal Mendoza y García de Loaisa; y como eterno recuerdo de aquellos mitrados batalladores y feudales, subsisten dos monumentos en Sigüenza: el castillo y la catedral.

Subíamos por las pendientes calles que

á ella conducen, y la veíamos levantarse más parecida á recia fortaleza que á templo de oración y paz, con sus dos cuadros y belicosos torreones limpios de todo adorno, cuya diadema de almenas se recortaba sobre la pureza del cielo. Dentro ya, la fortaleza era iglesia, y de las más recogidas, severas y nobles que conozco. La catedral de Sigüenza no puede compararse ciertamente, en la riqueza y variedad de su rejería, retablos y capillas, á las de Toledo, Santiago, Sevilla y Burgos, ni tiene la misteriosa poesía de las de Zaragoza y Barcelona, detrás de cuyos pilares diríase que va á surgir la heroína de Goethe; es un templo alto, majestuoso, claro, sobrio, que perpetúa la austeridad de la época románica y del carácter celtibérico.

Cada catedral es un mundo, y aunque la de Sigüenza no sea de las más opulentas y recargadas, hay en ella materia suficiente para un grueso tomo de arqueología descriptiva. Como yo no pretendo sino archivar aquí fugaces impresiones, he de

limitarme á recordar lo que más se me grabó en la memoria, lo que más recreó mi espíritu.

Y no fué, en la catedral de Sigüenza, ni los macizos pilares que reproducen interiormente el estilo militar del exterior, ni las enormes columnas salomónicas del pesado trascoro, ni la rica labor de ataujería de la capilla de la Anunciación, ni el retablo de Santa Librada, testimonio de la curiosa leyenda de «las nueve infantas de un parto»; ni la bóveda de la sacristía, que decora, en vez de florones y estrellas, un hormiguero de cabezas humanas; ni la bella cajonería, ni el rosetón, ni nada, en fin, sino una estatua puesta sobre una tumba, en la capilla de Santa Catalina, panteón de la familia de Bedmar. Representa á un caballero mozo (veinticinco años de edad tenía cuando perdió la vida al filo del alfanje sarraceno), vestido con el airoso traje de los donceles á fines del siglo xv, cubierta la cabeza con veneciano birrete, bajo el cual la melena recortada en la frente y flotando á ambos la-

dos del rostro, encuadra el fino óvalo de la faz, de facciones nobles y expresivas. Recostado en posición tan natural como señorial, sostiene en las manos un libro, en el cual parece leer, apoyando el brazo izquierdo en la heroica almohada de sus laureles. Postura, talante, rostro, cuerpo, todo es gentil, delicado, soñador. Hay en esta estatua tumular algo del atractivo enigmático del retrato de la Cenci, obra del pincel de Guido. Es una *trova*, unas notas de laúd, traducidas en piedra. La leyenda de gloria, que narra el epitafio, de una vida tan breve y el haz de laureles y la actitud más meditabunda que caballerisca, es de las que hacen resonar en el corazón desconocidos acordes musicales...

Debajo del túmulo del doncel de Arce, como irrisoria mueca hecha á nuestro antiestético siglo, se ve la sepultura del último marqués de Bedmar. Una verja digna de honrar el balcón de una casa de huéspedes, una lápida que lo mismo podría servir para cubierta de un velador, algu-

nas guirnaldas de horribles siemprevivas y violetas de trapo.... ahí está lo que nuestra edad pone bajo las bóvedas de la catedral de Sigüenza, para hacer juego con los sepulcros de filigrana y las estatuas yacentes de mármol purísimo.

Con gran mortificación de los pies y sumo contento del ánimo nos internamos en las tortuosas calles de la ciudad alta, en los barrios de duendes llamados la Judería y la Morería. Al cruzar bajo el arco que decora venerable efigie de la Madre de Dios, un hombre grueso y lucio, afeitado, vestido de paño pardo, salió de unas casas vetustas, primitivas, y, dirigiéndose á los señores que nos acompañaban, dijo con el franco acento de los tíos castellanos viejos,—aunque en Castilla la Nueva está Sigüenza, si no me equivoco:

—¿No enseñan *ustés* á la señora la cámara de la reina Mariblanca? ¿Sí? Pues díganle también que esta Virgen la pusieron *ay* los cristianos, cuando acabaron de echar á los moros.

Aquel buen hombre, celoso de las glo-

rias de su pueblo, aquel ciudadano de Sigüenza en el siglo xv, era un herrero, según después averigüé. Y la cámara de la reina Mariblanca me la enseñaron, ¡vaya si me la enseñaron! Sólo que los arqueólogos son á veces enemigos jurados de la imaginación y de la poesía. Quadrado, al hablar del lindo camarín alicatado y revestido de azulejos árabes que se admira en el castillo de Sigüenza, dice que en él no corrió la sangre de Blanca de Borbón, sino únicamente sus lágrimas de esposa prisionera y abandonada; pero nuestro arqueólogo acompañante ni las lágrimas nos dejó, sosteniendo, con grandes visos de probabilidad, que el castillo del obispo Barroso fué mandado arrasar por Don Pedro el Cruel, en castigo de las simpatías mostradas por el Obispo á aquella dama infeliz, y es verosímil que ante todo se derribaría el torreón donde estuvo prisionera la Reina, no siendo el minúsculo camarín que hoy visitamos más que un lindo oratorio construido al reedificarse la fortaleza.

En ésta, más aún que en la catedral, se comprende el formidable papel que desempeñaban en la Edad Media los guerreros magnates llamados obispos de Sigüenza. Aún existe, vacío, el magno granero de la mitra, que parece una basílica; aún en el patio cree la imaginación que resuenan los cascotes del encubertado palafrén que montarían los obispos al salir capitaneando sus huestes. Y aunque abandonado y solitario el palacio-fortaleza; aunque despojada de sus rentas la antes opulenta mitra; aunque tan mudados los tiempos y tan patas arriba la sociedad, aún permanecen en Sigüenza unos dejos y atisbos de aquellas grandezas y esplendores; todavía el Obispo es el señor de la ciudad, por el respeto y veneración profunda con que le miran aquellas sencillas gentes.

El Obispo anima á Sigüenza. Por la mañana, en los oficios del Viernes Santo, le habíamos visto llenando la catedral, revestido de su rico pontifical de terciopelo recamado de oro, su alta mitra de

plata, escoltado por las rojas mucetas y las elegantes caudas de los canónigos, andando con el paso acompasado y solemne de las ceremonias religiosas, paso que sigue el mismo ritmo de las varas del palio, al resonar con eco argentino sobre las losas de la nave. Por la tarde volvimos á verle en su palacio, á la mesa, revelando la alegre expansión de los caracteres abiertos y leales cuando están entre amigos, y la cordialidad hospitalaria del hidalgo castellano cuando obsequia y convida. Mi hija Blanca, aunque viva muchos años sobre los once que ahora cuenta, no olvidará las bondadosas atenciones del Obispo, ni las maravillosas naranjas de su huerto; naranjas mágicas, rellenas de golosinas.—Y después, cuando recorrimos con el venerable Prelado algunas calles de la ciudad, pude convencerme de que el Obispo señor de Sigüenza no ha muerto. Los menestrales, los aldeanos, las mujeres, formándose en fila, se inclinaban con indecible respeto; los niños corrían á besarle el anillo; las gentes de

levita se descubrían hasta los pies. Sin embargo, el obispo de Sigüenza no ejerce en el día más autoridad ni más presión que la puramente moral de una virtud á la aragonesa, ó mejor dicho á la española, sin melindres, sin afeminación, entera y franca como su simpático carácter.

Á las cuatro y media de la tarde arrancó de la estación de Sigüenza el tren que había de restituirnos á la corte de las Españas, y donde nos acompañó, hasta los límites de su provincia, nuestro cariñoso amigo el Sr. Camacho, después de arrancarnos la promesa...., ¡calculen el trabajo que nos costará cumplirla!, de que volveríamos á vernos en Logroño. Si se efectúa la expedición, no pierdo la esperanza de evocar en Pastrana la sombra de la princesa de Éboli, y de respirar el olor de las melíferas laderas de la Alcarria, en el desierto de Bolarque.

